

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

Lecciones

(Conclusión.)

Cuando no hay guerras, los hombres prescinden perfectamente del gobierno. Hemos demostrado ya que en los Esquimales, donde son desconocidas las guerras de tribu á tribu, no surge entre los miembros de una misma tribu ninguno de estos conflictos que, según Hobbes, tienen que estallar forzosamente entre hombres privados de gobierno. Si un esquimal tiene motivos de queja de otro esquimal, hace un llamamiento á la opinión pública por medio de una canción satírica. Los Fuegianos, que viven en tribus de veinte á ochenta almas, no tienen ningún jefe. «Parece, dice Weddell, que no tienen ninguna necesidad de ellos para garantizar la paz interior de su sociedad.» Los Veddahs trazan en sus bosques líneas de demarcación «que son honradamente respetadas», y el jefe, es decir, el hombre más considerado de cada comarca, «no ejerce, dice Tennant, otra autoridad que la de velar, en ciertas épocas del año, el reparto de miel recogida por los miembros de la horda».

Justice, pág. 237.

H. Spencer.

Siendo la *gens* iroquesa como una unidad social, vemos asimismo con qué necesidad casi inevitable—pues que es natural—toda la constitución de las *gentes*, de las *fratrias* y de la *tribu* deriva de esta unidad. Los tres son grupos de diferentes grados de consanguineidad, cada uno encerrado en sí mismo y ordenando sus propios asuntos, pero completándose asimismo con los demás. Y el círculo de los asuntos que les compete abraza el conjunto de los asuntos públicos de los bárbaros del estado inferior.

Así, pues, en todas partes ó en un pueblo donde hallamos que la *gens* es una unidad social, podemos buscar una organización de la tribu semejante á la que hemos descrito; y allí donde, como en los Griegos y Romanos las fuentes no faltan, no tan sólo la encontraremos sino que nos convenceremos que allí donde estos orígenes faltan, la comparación de la constitución americana nos ayuda á desvanecer las dudas y adivinar los enigmas más difíciles.

¡Y qué admirable constitución en toda su juventud y simplicidad la de esta constitución de la *gens*! Sin soldados, sin policías, sin nobleza, sin reyes, sin gobernadores, sin jueces, sin prisiones y sin procesos todo marcha regularmente. Todas las querellas y conflictos los ventila la colectividad á que pertenecen, por la *gens* ó por la tribu ó por las diversas *gentes* juntas; únicamente como medio extremo, rara-

mente empleado, interviene la «vendetta» (venganza) de la que nuestra pena de muerte no es más que una forma civilizada con todas las ventajas é inconvenientes de la civilización. Por muchos que sean los asuntos comunes que tengan que ventilar—la economía doméstica es común á una serie de familias y comunista; el terreno es propiedad de la tribu, únicamente los pequeños huertos-jardines son de propiedad, al principio, de los hogares individuales—no tienen ninguna necesidad de nuestro embarazoso aparato administrativo tan vasto y complicado. Los interesados son quienes deciden y, en la mayor parte de los casos, es una costumbre establecida desde hace siglos que regula todas las diferencias. No hay pobres ni menesterosos, porque el hogar comunista y la *gens* conocen sus obligaciones para con los viejos, los enfermos y los heridos en la guerra. Todos son iguales y libres, incluso las mujeres. La esclavitud no existe, ni tampoco una regla general que dificulte la vida de las tribus extranjeras. Cuando en 1651 los Iroqueses hubieron vencido á los Erias y la nación neutra, les propusieron entrar á formar parte de su confederación con derechos iguales. Los vencidos se vengaron y entonces los arrojaron de sus territorios. Los blancos que han tenido que tratar con estos Indios no se cansan de admirar la dignidad personal, la rectitud, la fuerza de carácter y el valor de los hombres y mujeres que ha producido semejante sociedad.

Recientemente hemos presenciado ejemplos de este valor en África. Los Cafres de la Zululandia hace algunos años, y los Nubios hace pocos meses, dos tribus en que la *gens* aun no se ha extinguido, han hecho lo que ninguna columna europea es capaz de hacer. Armados solamente con lanzas, bajo una lluvia de balas de fusil de tiro rápido, se han arrojado sobre las bayonetas, sembrado más de una vez el desorden en las filas europeas y derrotádolas, á pesar de la colosal desproporción del armamento y no poseer ninguna especie de servicio militar ni sabiendo hacer el ejercicio. Lo que pueden hacer y resistir nos lo dicen los ingleses, según los cuales un Cafre hace en veinticuatro horas más camino y corre más que un caballo; el más pequeño de sus músculos es saliente, duro y tendido como la cuerda de un arco, decía un pintor inglés.

Así era el aspecto de los hombres y de la sociedad humana antes de que se produjera la escisión en clases distintas. Y si nosotros comparamos su situación con la de la inmensa mayoría de los hombres civilizados de nuestros días, la diferencia es enorme entre el proletario ó el pequeño campesino actuales y el antiguo *libre gentilis*.

Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, págs. 135 á 138.

Federico Engels.

No tan sólo, según Hartshorne, el inofensivo Wedhah de los Bosques es perfectamente honrado, sino que ni puede concebir «que un hombre tome lo que no le pertenece». Sabido es que á los Esquimales, que desconocen la guerra, todos los viajeros convienen «por unanimidad en presentarlos como de una honradez escrupulosa». Las afirmaciones de Bancroft, el único que sostiene lo contrario, se refieren á Esquimales desmoralizados por el contacto con traficantes de raza blanca. De los Fuegianos, dice Darwin que:

«Si un regalo destinado á una determinada piragua caía cerca de otra, invariablemente era transmitido á su verdadero destinatario.»

Snow nos dice que estos indígenas se portaron muy honradamente en sus tratos comerciales con él. Respecto de ciertas tribus de los Papuas de la costa Sud de la Nueva-Guinea, presentados como demasiado independientes para someterse á la

disciplina guerrera, leemos que «los naturales se mostraron en general muy honrados en los tratos comerciales con nosotros, mucho más de lo que comunmente suelen serlo nuestros compatriotas». (Macgillivray, *Voyage of H. M. S. Rattlesnake*, 1852. *Native races of the Indian Archipelago Papuans*, pág. 80; 1853). Kops cuenta que entre los demás indígenas de la misma raza, los naturales de Dory «manifiestan una inclinación al bien y á la justicia y sólidos principios de moral. Consideran el robo como un delito muy grave y es muy raro se produzca».

Kolff nos representa á los aborígenes de Lette animados de un espíritu semejante. (Kolff, *Voyages of the Dutch Brig Dourga*.) En los *Principios de Sociología* he relatado los testimonios que atestiguan la probidad de las razas pacíficas: los Todas, los Santals, los Lepchas, los indígenas de Bodo y los Dhimals, los Hos, los Chakmas, los Jakuns. Añadiré aquí algunos nuevos testimonios. El consul Baker nos pinta como sigue á los naturales de Veracruz, raza hoy sometida y que manifiesta aversión por el servicio militar. «El indio es honrado y raras veces cede á la tentación de robar.» (Baker, *Proceedings of the Royal Geographical Society*.) En su descripción de una raza que habita una larga faja de bosques y marismas, al pie del Himalaya, Nesfield dice que su honradez está probada por el relato de más de cien viajeros, «tal es, por lo menos, el carácter de los Tharus mientras habitan en el seguro retiro de sus solitarias profundidades,» donde están el abrigo de todo ataque. En fin, á lo dicho por Morgan (*League of the Iroquois*) de que entre los Iroqueses «el robo era apenas conocido», conviene añadir que la liga de los Iroqueses se formó con objeto de mantener la paz entre los pueblos que entraron á formar parte de ella, objetivo plenamente alcanzado durante muchas generaciones.

De *La moral de los diferentes pueblos*, págs. 86, 87 y 88.

H. Spencer

El Esquimal ríe de todo: ríe del hombre blanco con sus mil utensilios y cachivaches; ríe frotándose las manos y la nariz heladas con riesgo de gangrenarse; ríe cuando se ingurgita el aceite, cuando se engrasa la piel, ríe de todo y solo pide poder reírse. Los Inuits no tienen otros placeres que los de la sociedad y no se privan de ellos. El clima es hostil, la tierra madrastra, sienten la necesidad de juntarse, de ayudarse, de amarse. Lo que el exterior les niega lo piden al mundo interior. Después de todo, no hay mejor compañía que la del hombre; frecuentando el trato de sus semejantes desarrolla sus cualidades originales, sus más elevadas facultades. Si las tribus esquimales no fuesen grandes familias solidarias unas de otras, sus pequeñas repúblicas no tardarían en desaparecer. Y de hecho, nada entienden aún del glorioso principio «cada uno para sí», nada comprenden de las eternas verdades de la Oferta y de la Demanda, no han querido prestar atención á las suaves «armonías» de la Renta y del Capital moduladas por la lira de Bastiat...

La teoría de la renta que domina en nuestra civilización accidental, el capital reproduciéndose á perpetuidad y multiplicándose por el trabajo ajeno, parece una monstruosidad á estas gentes de buena voluntad que prestan voluntariamente todo utensilio ó instrumento de que no tengan una inmediata necesidad sin ocurrírseles siquiera la idea de hacerse indemnizar si la persona que se lo pidió prestado lo extravió ó inutilizó. Más aun: que un cazador no pueda recoger las trampas que ha tendido y el que vaya primero se adueñará de la presa. Los mismos extranjeros pueden usar de este derecho. Una presa excepcional, grande como la ballena, ó de especie rara, pertenece á la comunidad; se arreglan de modo que todos participan

del festín. Es muy raro que un jefe de familia posea algo más que una barca y un trineo, sus vestidos, sus armas y algunos utensilios.

Comunistas sin saberlo, los Inuits no poseen sino rudimentos de la propiedad privada que no obstante, saben respetar. Viviendo en llanuras de nieve, recorriendo juntos al vasto mar, que no puede ser repartido en parcelas ni dominios, el reparto igualitario que hacen de sus productos constituye un seguro mutuo sin el cual perecerían unos después de otros. Una foca capturada se reparte, sobre todo en tiempo de carestía, entre todos los jefes de familia. Si no hacen las partes estrictamente iguales es porque dan las mayores á los niños; los adultos acaban la suya cuando á los niños aun les queda para tiempo.

Tan comunista es el fondo de su carácter que todo esquimal que llega á poseer algo se apresura á darlo, á distribuirlo todo, hasta quedarse sin nada, diciendo que es más feliz dándolo que recibiendo...

¿Y su hospitalidad? Hall cuenta, emocionado, que un día que llegó aterido, una vieja cogióle sus pies helados y después de habérselos frotado se los puso en el seno para mejor calentárselos.

Estas buenas gentes han realizado el ideal ebionita. Son verdaderamente los «pobres», los «sencillos de corazón», cuyo ejemplo predica la *Imitación de Cristo*; «los indigentes», de Beranger, «los indigentes que se aman mutuamente».

Quien posee, reparte con quien nada tiene. El hambriento, sin decir palabra de disculpa, sin pedirlo siquiera, se sienta al lado del que come y toma una parte de su comida. Los europeos, siempre desconfiados y prontos á juzgar desfavorablemente, tomaron por robo estas costumbres de comunistas. En efecto, los inocentes, en sus primeras visitas á los buques, hacían como en sus casas, cogían lo que les gustaba, se lo llevaban creyendo no hacer ningún mal. Cuando se dieron cuenta de que los extranjeros hallaban detestable esta conducta, se apresuraron á restituir lo indebidamente apropiado.

Estos esquimales, hace observar Lub-bock, tienen menos religión y más moralidad que ninguna otra raza.

Algunos misioneros griegos confesaron sinceramente que los Aleouts perderían con el cambio de vida que se les proponía y que su conversión al cristianismo era poco deseable. El ejemplo este no es un caso aislado; otro tanto dijeron los evangelistas daneses de los Nicbarianos á quienes tuvieron que dejar en paz...

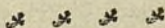
—¿Y nada de gobierno?

—En efecto, lo habíamos olvidado. Nos disculpa este olvido el hecho de que los Aleouts no lo tenían prácticamente antes de que los rusos fuesen á imponérseles. Nadie mandaba, nadie obedecía. Los balleneros y los Angakuts ejercían una influencia predominante, en virtud de su inteligencia y bravura reconocidas superiores; pero todo el mundo podría contradecirles si así les parecía bien. También los viejos se erigían en consejeros públicos y se dirigía á ellos voluntariamente quien quería...

En suma, el esquimal no está desprovisto de ambición, pero prefiere la superioridad al dominio, la dirección al mando. No tiene, como nosotros, necesidad de una autoridad ante la cual temblar, no arma la Justicia con una espada, la Autoridad con una maza. Sin prisiones, ni gendarmes, ni jueces... ¡Pobre salvaje! Nada, que es digno de compasión!...

De *Les Primitifs*.

Elías Reclús.



Consecuencias

Las afirmaciones contradictorias de los criminólogos y la fuerza de los razonamientos filosóficos para demostrar la influencia del ambiente en las entidades humanas, conducen de una manera inevitable á la negación del tipo criminal. No parece sino que, en estos momentos en que el fracaso de las revoluciones pasadas para emancipar al pueblo de las fuerzas opresoras, induce á los metodizadores, para defender su sociedad autoritaria, á detener la orientación naciente hoy que encarna en sí las aspiraciones humanas y á cuya realización se llega, paso á paso, por una serie de triunfos que restan fuerzas sinceras á la sociedad actual.

Y en verdad ¿cómo explicar que las personalidades representativas de los más grandes sistemas científicos y filosóficos; que los que empuñan la piqueta demoledora que penetra en los más recónditos sitios de la sociedad y de la ciencia, no lancen á sabiendas, con el propósito de ganar prosélitos á concepciones que han muerto en el cerebro de los pueblos, lo que los adversarios de la sociedad oponen con marcadas huellas de triunfo? ¿cómo los que dejan caer su poderosa maza sobre las obscuridades teológicas poniendo de relieve absurdos de un carácter absoluto, se rinden á la realidad remota de lo hipotético admitiendo lo que la razón rechaza para caer en la fórmula que justifica la causa de los crímenes?

Á poco que nos fijemos, veremos que *ese tipo* obedece á una idea preexistente antes, que guarda alguna relación con la educación en los tiempos de niño recibida y que, defectuoso y sin lógica se nos presenta sin resistir los embates de la crítica dejando á lo sumo unos cuantos conocimientos positivos. ¿Afirmaríamos

nosotros que existen dos formas diametralmente opuestas de manifestarse un fenómeno? ¿que una vez conocidos sus caracteres morfológicos, cuando tratemos determinarle, nos acoja el fantasma de la duda?

Los partidarios de Benedikt y Broca, de Lombroso y Ferri, se han olvidado, voluntariamente, de las circunstancias exteriores, y que si los cuerpos poseen cualidades inherentes á los mismos, éstas son susceptibles de modificación unas y otras, las cuales es preciso excitar para que se manifiesten sin lo cual permanecerían inactivas. El agua, por ejemplo, puede descomponerse en oxígeno é hidrógeno y esa propiedad en ella exclusiva no tiene lugar por sí misma, siendo necesario que la corriente eléctrica la atraviase para que la descomposición se verificase ¿vamos á admitir el absurdo de su realización sin la acción modificadora del agente?

La frecuencia de los considerados delitos y su aumento en razón directa de los progresos de la civilización, estudiados superficialmente dan lugar á que Tarde lo achaque á la disminución de los sentimientos religiosos, (como si en tiempos que éstos existían latentes en el corazón de los pueblos, no fueran tan frecuentes y descarados los delitos) que otros obedezcan á un fatalismo fisiológico, á la forma craneana, por ejemplo, en cuyo caso *no sería más que un crimen motivado por la ignorancia de los padres* (1), y aun así ¡qué serie interminable de confusiones nos sugiere...!

(1) La escuela italiana se olvida de que puede hacerse variar la longitud de los diámetros, pertenecientes á la bóveda del cráneo, porque, componiéndose éste de huesos separados por fontanelas y comisuras membranosas, las presiones ejercidas en determinados sentidos, á la época del nacimiento, pueden hacer cambiar su forma primitiva.

Todas las formas craneanas han dado un número respetable de delincuentes y las capacidades obtenidas, consideradas legítimas por sus autores, se dan de cachetes con la lógica demostrando lo contrario de la hipótesis objeto de su estudio.

En efecto, mientras Lombroso declara el predominio de capacidades *minimas*, Bordier, Heger y Dallemaque ofrecen capacidades *máximas*; Ranke, que es la *misma* en los sujetos de una y otra categoría, y Manouvrier, con sus ensayos nos afirma *una superiodad mental en los criminales*: ¿no está ahí demostrada la impotencia de los que se afanan en buscar lo que por sí no existe? ¿no parece más bien un producto de la imaginación calenturienta de los sabios?

El predominio de la circunferencia craniana posterior que Bagenoff y otros señalan como característica en el criminal, desaparece ante la autorizada opinión de Marro, y el mismo desacuerdo existe en lo relativo á la forma; para Bordier es la mesaticefalia con tendencia á la dolicocefalia y la braquicefalia para Corre, y así como la curva transversal supra-auricular que para Dallemaque es mayor en los criminales los resultados de Tenkake y Orchausky, demuestran que es menor, persistiendo este enorme desacuerdo, en la determinación del índice vertical, pues mientras Ardouin obtiene la superioridad del mismo en los cráneos por él examinados, á Heger resulta completamente lo contrario.

¿Qué diremos de la fosita occipital media característica del cráneo criminal y tan zarandeada por el gran sofista, cuando lo más que indica es una predisposición á las hemorroides y que se

encuentra frecuentemente en los árabes y en éstos la criminalidad es menor que en los europeos?

Las investigaciones de Benedikt en las circonvoluciones cerebrales y que tan honda impresión han producido en todos los sociólogos, se han caído á tierra como todas las afirmaciones de la escuela antropológica. Anteriormente, la primera y segunda circonvolución frontal creíase no sufrir desdoblamiento alguno y cuando éste le hubo notado presentando cuatro circonvoluciones, el lóbulo frontal podía decirse que los que culpamos de todo á la sociedad habíamos sido vencidos, mas ¡qué pasajeros son sus triunfos! Feré, viniendo en auxilio de la verdad pisoteada, nos dice «que se trata de una disposición anatómica muy común».

Si de las contradicciones reseñadas de los criminólogos, no deducimos nada valedero, ni anomalías que establezcan diferencia entre criminales y honrados, la tesis de la escuela sociológica se alza firme sosteniendo que la miseria intelectual y material (principalmente la segunda) es causa de estos detestables actos. Unas veces un robo frustrado ó el alcoholismo (1) engendrando un asesinato, y otras la insuficiencia de la educación recibida y la falta de humanitarismo (2) dá lugar á esa pléyade de criminales que tarde ó raras veces caen bajo las garras de la ley y en conclusión, si el organismo del individuo no contiene los gérmenes del mal, podemos decir que, desaparecida la miseria desaparecerán los crímenes.

(1) El alcoholismo es una causa pasajera que deja de actuar al cabo de unas horas.

(2) Muchos crímenes se deben á eso, y si las guerras no son un crimen ¿por qué á los bandos de expropiadores se les llama criminales?



La abolición de los Derechos feudales ⁽¹⁾

I

El episodio más dramático y también el más significativo de toda la Gran Revolución fué ciertamente, como ya dijimos, la lucha á muerte que se entabló, durante los primeros meses del año 1793, entre el partido político de los Girondinos y los por éste llamados «anarquistas». Esta lucha terminó, como es sabido, con la insurrección del pueblo de París, en 31 de Mayo de 1793, seguida de la derrota del poder de los Girondinos en la Convención con la abolición de su comisión de los Veintiuno y la expulsión de treinta y tres diputados de la Asamblea (2 Junio). Esta caída del «Partido de los Hombres de Estado», fué saludada el mismo día por decretos que asestaron sendos mazazos á los derechos feudales y á las fortunas de los ricos.

Esta lucha es lo que vamos á contar.

Desde el debut de la Revolución se dibujaban ya dos grandes corrientes: la corriente popular, que se traducíá por insurrecciones continuas en los campos y las grandes jornadas revolucionarias de las grandes ciudades, y la corriente de la burguesía.

El pueblo intentaba acabar con el régimen feudal, sobre todo en el orden económico, y se apasionaba por la *igualdad* al propio tiempo que por la *libertad*.

Viendo la lentitud de la Revolución, —hasta en su lucha contra el rey y los curas,—su paciencia se iba agotando y quería empujar la revolución hasta lo último. Previendo ya el día que se ago-

taría el impulso revolucionario, buscaba el modo de hacer imposible la vuelta de los señores, de la autocracia real, del régimen feudal y del reinado de los ricos y del clero, y para esto quería,—por lo menos en una buena mitad de la Francia —la toma de posesión de la tierra, leyes agrarias que pudieran permitir á cada uno cultivar el terreno, y leyes para nivelar ricos y pobres en sus derechos cívicos.

El pueblo se insurreccionaba cuando se le obligaba á pagar el diezmo y se apoderaba á viva fuerza de los Municipios para mejor zurrar al clero y á los señores. En una palabra, mantenía una situación revolucionaria en buena parte de Francia, mientras que en París vigilaba de cerca á sus legisladores, desde lo alto de las tribunas de la Asamblea, en los clubs y en las secciones electorales. Y cuando se hacía necesario atacar violentamente, materialmente, á la realeza, se organizaba para la insurrección y combatía como en las jornadas de 14 de Julio 1789 y del 10 Agosto de 1792, con las armas en la mano.

De otro lado, la burguesía trabajaba de firme para recabar «la conquista de los poderes» —la frase data ya de aquella época—á medida que el poder del rey y de la corte se disgregaba y caía en el desprecio. Al mismo tiempo organizaba su fortuna presente y futura.

Si en ciertas regiones la gran masa de los bienes confiscados á los emigrados y al clero pasaba en pequeños lotes á manos de los pobres —por lo menos es lo que resulta de las investigaciones de Lutchitzky,—en otras regiones una in-

(1) Este estudio es continuación de los artículos *La Gran Revolución y los Anarquistas*, que publicamos en los números 13 y 15 y de *Los Girondinos y los Anarquistas* que publicó *Les Temps Nouveaux*, de París.

menza parte de estos bienes sirvió para enriquecer á los burgueses, mientras que las especulaciones financieras de toda clase ponían los fundamentos de un gran número de fortunas burguesas.

Pero lo que, sobre todo, habían comprendido muy bien los burgueses listos —y la Revolución de 1648 en Inglaterra les servía de ejemplo— es que ahora les llegaba el turno de apoderarse del gobierno de Francia y que la clase que gobernara poseería la riqueza, tanto más cuanto que la esfera de acción del Estado iba á ensancharse grandemente con el ejército, la instrucción, la justicia y lo demás. Bien lo habían visto después de las revoluciones de Inglaterra y de los Países Bajos.

Se comprende que desde entonces se abriera un abismo cada vez más hondo entre la burguesía y el pueblo: entre la burguesía, que quiso la revolución y la ayudó y organizó mientras no estuvo segura de llegar á «la conquista de los poderes», y el pueblo que vió en la Revolución el medio de salir de la miseria y efectuar su emancipación del doble yugo de la miseria y de la carencia de derechos políticos.

Aquellos que los hombres «de orden» y «de Estado» llamaban entonces «los anarquistas», ayudados por un cierto número de burgueses, Cordeleros y Jacobinos, se hallaron de un lado. Tocante á los «hombres de Estado» y los defensores «de las propiedades», como se decía entonces, hallaron completa expresión en el partido político de los llamados Girondinos, es decir, de los políticos que se agruparon entorno de Roland y de Brissot, que fueron por breve tiempo ministros de Luis XVI y que dentro de la Convención representaban al partido del gobierno.

Se ha dicho á menudo que la lucha entre los Girondinos y los Jacobinos

procedía de que los primeros fueron federalistas y los segundos partidarios de la República, una é indivisible. Otros han hablado de diferencias de temperamento, presentando á los Girondinos como unos «artistas», unos refinados, enamorados del lado teatral de la Revolución, y se les oponía los vulgares *descamisados*, sempiternos batalladores por la cuestión del pan...

Pero la causa de esta lucha, como vamos á ver, tenía raíces más profundas. Consistía en este capital problema: ¿Se respetará las propiedades? á lo que los Girondinos respondieron siempre: *Jamás*, mientras que el pueblo gritaba: *Si; pues de respetarla nada se habrá hecho, no habrá habido revolución ni nada se fundará que pueda durar.*

El resto derivaba de esta cuestión primordial. Si los Girondinos hablaron de trasladar la Convención á una ciudad de provincias, la suya; si hasta hablaron de arrasar París, es por que en esta capital veían el foco de las insurrecciones populares, de las ideas igualitarias y antipropietarias. Por lo demás sabían muy bien que en aquel momento se jugaban la última carta. Después de haber pedido tantas veces que todos los jacobinos conocidos y, sobre todo, la *Commune* de París, fuesen enviados á la guillotina, no les quedaba más recurso que proponer medidas desesperadas para poder salvar sus cabezas.

No es que odiaran la centralización gubernamental. No odiaban tampoco el París-capital. Odiaban la *«Commune» de París*. Querían sustraerse á ella, querían huir de ella, como los «rurales» del año 1871.

Ahora bien, para comprender lo que significaba esta grande escisión dentro la Revolución, es necesario que nos remontemos al año 1789, para ver qué propiedades trataban de defender los que

habían llegado al poder y qué propiedades el pueblo quería abolir.

Para esto es necesario que hablemos de la famosa noche del 4 de Agosto de 1789.



En otra ocasión demolimos ya la leyenda de señores feudales renunciando el 4 Agosto, «sobre el altar de la patria», sus derechos feudales. Dijimos ya que fué un golpe teatral del que se resacieron al día siguiente los mismos señores feudales. Ahora precisaremos los hechos.

La abolición de los derechos feudales no formaba, ciertamente, parte del pensamiento de los hombres que querían la renovación social, antes de 1789. Apenas si entonces se pensaba en corregir los abusos, nunca en abolirlos, ni siquiera «disminuir la prerrogativa señorial», como decía Necker.

«Todas las propiedades sin escepción serán constantemente respetadas», se hacía decir al rey en la apertura de la Asamblea Nacional, «y su Majestad comprende expresamente con el nombre de propiedad los diezmos, censos, rentas, derechos y deberes feudales y señoriales, y generalmente todos los derechos y prerrogativas, útiles y honoríficas, anexas á las tierras y á los feudos ó pertenecientes á las personas.» (Laferrière, citado por Dalloz.)

«Pero—continúa Dalloz, que no puede ser tachado de exageración revolucionaria—«las poblaciones agrícolas no entendían de este modo las libertades que se les prometían; el campo se insurreccionó en todas partes, los castillos fueron in-

cendiados, los archivos, los depósitos de censos, etc., fueron destruidos, y en muchas localidades los señores suscribieron actas de renunciación de sus derechos.»

Entonces llegó la famosa sesión del 4 Agosto. La Asamblea Nacional comenzó discutiendo qué medidas de represión se iban á tomar contra los fautores de desorden. Pero como los fautores de desorden eran Francia entera, y los diputados uno tras otro, subían á la tribuna cantando los detalles espantosos de la insurrección campesina, entonces los señores, «sinceros algunos, pero astutos en su mayoría», declararon que iban á abdicar de sus derechos y la Asamblea, caldeada por el entusiasmo, votó esta ley cuyo art.º 1.º anunciaba:

«La Asamblea Nacional destruye enteramente el régimen feudal.» (Laferrière, *Histoire du droit français*, tomo II págs. 114-120. Véase asimismo Dalloz.)

Es fácil imaginarse la impresión que un decreto semejante produjo en Francia y en toda Europa. Pero la Asamblea se desquitó enseguida. Por una serie de decretos, los días 5, 6, 8, 10, y 11 Agosto, restableció y colocó bajo la salvaguardia de la nueva Constitución todo lo que había de *esencial* en los derechos feudales.

Los historiadores no hacen mención de este escamoteo de la Asamblea. Pero ya que aquí está la clave de toda la lucha que iba á sucederse, y que no terminó sino con la expulsión de los Girondinos por «los anarquistas», precisaremos algo más las cosas con hechos nuevos.

(Continuará.)

Altaír

El culto del despotrique

Más de una vez, entre pasmado y sombrero, traté de arrancar á los vericuetos de mi entendimiento la razón «suficiente»

que nos induce á cargar sobre el radiante esquema del mundo ideal en que aparecemos subjetivamente redimidos de

opresiones y yerros, las fermentaciones y levaduras de una convivencia repulsiva, las mil estratificaciones de carroña moral y las numerosas ataduras intelectuales clasificadas por nosotros mismos como patrimonio exclusivo de la mentalidad estancada, convertida en masa roqueña por el prejuicio hecho sentimiento, campo cerrado á la siembra por valladares y musgos, pedregal tortuoso que sólo ofrece vivienda al lagarto; y aunque á vuelta de rodeos y sondajes pude dar con el ansiado «por qué» de esta antinomia, esperando estoy el día en que logren convencerme los argumentos modelados en la propia forja y del propio raciocinio extraídos.

Medio avergonzado confieso que no es la primera ocasión en que me fracasa el determinismo, si no es que fracaso yo por rebelde y descontentadizo. Mas el caso es que por presbicia ó por miopía suelo ver con frecuencia, en el determinismo al uso, más caparazón de cínicos que maza y cimborrio de libertos. Es muy común buscar en la teoría científica, antes que arma de liberación, medio que falle á favor del refocilamiento y que exorne la vanidad. Y no es que el determinismo sea una mentira en su rigurosa aplicación científica, ni un método falaz de investigación. No. Es una verdad, y verdad arrolladora, si la habilidad y la sinceridad la esgrimen. Lo que hay es que el «esteta» y el que anda rodando las fronteras de la inconsciencia lo acomodan á los gustos de su naturaleza invertida, y lo aplican como tentemozo á la tiranía de sus apetitos estrafularios. Las tiradas deterministas de estas gentes valen tanto como los arranques liberales del empuerado ultramontano. Y esto prueba que la chapucería y el ramplonismo tienen sus altares y sus pontífices en todas las latitudes ideológicas y que estos vicios van acompañados del engreimiento avasallador y del gesto tiránico, únicos valores morales de fracasados y adoce-

nados, sabios de relumbrón con vistas á la idiotez, petulantes primero que altivos, sin comprender que la petulancia y la altivez son modalidades personales que no se avienen.

La ciencia está ahora en todas las bocas y me aventuro á creer que no sabemos una palabra de ciencia, ni aun de aquella ciencia elemental tan útil como sencilla que acomoda los actos á una equidad y dignidad instintivas y que nace en el surco abierto por el arado, en la fragua donde se caldea el hierro, en el taller donde rechina la máquina, en el andamio donde canturrea sus extenuaciones el que dormirá al raso después de construir la mansión soberbia; ciencia popular fecunda en bienes, amasada con dolores y purezas espirituales lejos de los cenáculos impregnados de decadencias modernistas donde lucen sus herrumbrosos blasones los pordioseros que por medio de pánfilos voceros se presentan al mundo como aristocracia del talento. Las verdades de la ciencia, el valor de la filosofía y las grandezas del arte sólo pueden apreciarse viviendo en contacto con los heraldos del trabajo.



Circula entre nosotros, disfrazada de vidente, una plaga de tarántulas, criticómanos de oficio é ignorantes por vocación. Tienen, como Dios, el privilegio de bilocarse para caer, con la avidez del antropófago, sobre la intención honrada y el mérito real. La legión tiene sus literatos, sus poetas y sus oradores, gentes pegadas á la cepa del arte por afán de exhibición y con lujo de amaneramientos ridículos.

Hay también el cuerpo de cubicularios que conduce el coche de mano y el palanquín, abanica al idolo y le espanta las moscas. Estos cubicularios serían felices al servicio de un mandarín chino; como *coolies* no tienen precio. Sólo hablan ante su señor para dar en tierra con quien no

diga á coro que es la más talentosa y «fermosa criatura». Arrobadados y sumisos, escuchan con fervor religioso la parlería de su tutor espiritual. Mientras éste no forma opinión sobre el drama recién estrenado, el satélite representa á un sordo-mudo. El artículo publicado en el diario de la mañana es bueno si el pastor aplaude, *e si non non*. No tiene, sin embargo, el cubiculario este, la virtud canina de la fidelidad; por sus costumbres é inconsecuencias pertenece á la raza felina. Una perifrasis deslucida ó inoportuna son causa bastante para que cambie de ídolo, pues habréis de saber que vive bajo el imperio de la frase tonante y candente, esclavo incondicional de las metonimias esotéricas. Es, como el amo, un instrumento imitativo que reduce á caricatura la acción más simple. Cuando se encarama en la tribuna y entre declamaciones é imprecaciones se mete á exponer doctrinas, los conceptos más claros y las más precisas determinaciones quedan convertidas en un guirigay inextricable, en un laberinto cuyo centro, al revés del centro universal que se encuentra en todas partes, no está en lugar alguno; y si á la prensa descende son de admirar las posturas y bordoneos literarios con que alardea de habilidoso.

Así estamos de oradores hasta la coronilla, parlanchines tan sobrados de audacia como faltos de elementos racionales. Yo llamaría á este siglo que vamos cursando «el siglo del zangarreo». Reunión donde la tribuna no sufra tres ó cuatro asaltos consecutivos acompañados de premeditación y ensañamiento amén de la correspondiente alevosía, no puede llamarse reunión de propaganda. ¿Para conversar sobre intereses comunes, para discurrir? Sí, para discurrir por los cerros de Úbeda, para despotricar largo y corrido, con la velocidad del galgo. La doctrina que no sale destrozada de estos torneos donde la oratoria es una función

de bandolerismo, queda maltrecha ó convertida en grillera. Y lo grave es que quien no tenga bríos para espetar un discurso, aunque más no sea que empuinado en la mesa de un bodegón; quien no tenga alientos ni tuercas flojas en la lengua para largar á los cuatro vientos esos cuerpos macizos que serían «conferencias» si no fueran pura cáscara, huecos como buñuelos, y largos como la vía láctea, es un infeliz que está condenado á rascarse en cualquier rincón perseguido por mil ojos compasivos y otros tantos gestos desdenosos. Maldito sea quien le alcance un vaso de agua. Otro tanto es aplicable al que se quede corto en arte de garrapateo. Ninguno quiere conformarse con ser lo que es; todos queremos ser lo que no somos. Quizás haya en esto la comprensión instintiva de que en la vida tiene más éxitos la apariencia que la realidad.

Ídolos é idólatras parecen perros de presa, tal es la saña con que hincan la garra.—¿Qué le parece á usted de fulano? os pregunta uno de estos *supèr*, apenas cambiado el saludo ó terminadas las prácticas reglamentarias de la presentación. Y vosotros, que conocéis los méritos del sujeto tan á tontas y á locas puesto en litigio, respondéis:—«Le tengo por hombre de mucho valer.»—«No, amigo, os dice el crítico dentado:—es un simulador, un ignorante que no conoce una palabra de Novicow ni de Schopenhauer, ni siquiera de *La República*, de Platón, ni de la *Ilíada*, de Homero. Si mucho se me apura digo y demuestro que es un imbécil.»

Ante este primer desembuche de erudición y la amenaza de una demostración no le quedan á uno fuerzas ni para hurgarse la nariz con el dedo. Ni siquiera os atrevéis á musitar.

No hablo de los críticos de verdad que con pleno conocimiento de su *rol* social y con armas templadas y bruñidas por un estudio y observación metódicos de-

muelen lo falso, enderezan lo torcido, pulen lo basto y hacen, en suma, á ciencia y conciencia obra de progreso amplio y agregan eslabones á la cultura y á las bellas artes. Hablo de los murmuradores de campanario, especie de comadres con pantalones y con barbas en estado gestatorio además de uno que otro distintivo exterior de literatos, poetas ú oradores; pero con mente seca, inflados y faltos de enjundia, tan chacharones como presuntuosos y tan presuntuosos como zarramplines.

Yo presumo que del claustro materno salen ahora pintiparados los Cicerones, los poetas con melena merovingia y los literatos de alto vuelo. Al genio investigador de Lombroso escaparon estos tipos «natos», megalómanos peligrosos y consumados pintamonas. Presumo también que para conquistar hoy aureola hay que dejarse crecer el pelo y usar sombrero requintado. Y para alcanzar renombre en el mundo de las letras basta y sobra con emprenderla á mojicones con la filología y declararse padre de una treintena de palabrejas de raíz amarga como el acíbar, archihelénicas si es posible y mejor si las determinaciones producen estampidos como los productos de la pirotecnia; largar luego las palabrejas hilvanadas de cualquier modo con tal de que el rosario no ofrezca solución de continuidad y bajo condición de, que luzcan penachos y casco de similor en alguna revistilla de las tantas que por estos y otros mundos andan á caza de literatura barata, palenques de novatos, égidias de la estulticia, máquinas infernales en perenne acción contra el bien pensar y el buen decir.

Los críticos taravillas que ahora se estilan, actores y autores á la vez, son tan adoradores del sol que á ningún precio consienten que astro alguno les proyecte sombra; y si esto último acontece por propia virtualidad de las cosas, todo su empeño tiende á desquiciar al

astro; ó, como suelen decir, á «cataclismarlo». Cada uno de ellos es un Sirio que no admite parangón con ninguna estrella del saber. Más de una vez oí decir: «á mí no hay entendimiento que sea capaz de juzgarme». Y estaba en lo cierto, porque donde hay entendimiento no se juzga á los sandios; más fácil es que un tonto juzgue á un sabio y aun le venza. Las alabanzas—que también las hay—son para los miembros de la cofradía y son atronadoras como el disparo de un cañon de 16 pulgadas, ora se pronuncien entre sorbo y sorbo de café, ora vayan á dar á la publicación de familia donde «los chicos que prometen» suelen almacenar el sagrado extracto de su núnmen.

El críticómano de que hablo, artista por temperamento y sabio por vocación según él, sólo se ocupa de meter diente á cuanto le viene á mano, y no para digerirlo sino para reducirlo á escombros. Conoce la lógica de oídas y por vagas referencias tiene noticias del buen gusto, que por lo regular es un gusto estragado y lleno de alifafes. Y si su naveta derrama incienso en torno de un miembro ajeno á la cofradía, tened por seguro que al hacerlo piensa del mismo modo que el portugués del cuento cuando, prisionero de guerra, decía al enemigo: «Suéltame y te perdono». Pues aunque parezca cosa rara, mi personaje también suele convencerse de que es prisionero y con tal que le suelten perdona; convencimiento que no es de admirar en quien nos dice que lleva focos eléctricos bajo los párpados y dinamos potenciales tras la retina, aunque lo primero se reduzca á un candil huérfano de torcida, y lo segundo á las rotas aspas de un molino, emplazado en sitio donde nunca soplan los vientos del cuadrante. Aparte de esto, que no es poca cosa, y como complemento, es hombre que tiene la desgracia de no encontrar en el propio meollo ni un miserable puñado de arga-

masa para revocar la idea, casi siempre usurpada; y en esta impotencia creo yo que reside la causa de que como centinela avanzado se eche á husmear en la obra ajena para «cataclismarla» bajo su palmatoria de maestro ciruelo, ignorando, por supuesto, que el maestro ciruelo hace mucho tiempo que pasó á la categoría de fósil.

Nadie se haga ilusiones ni alimente temores: la mentalidad de estos personajes *modern style* es de una pobreza que inspira lástima, aunque á muchos hagan creer lo contrario y hasta lleguen á convertirlos en idólatras de su persona. Las palabrejas á que me referí y media docena de nombres de autores rusos ó suecos que el pronunciarlos mete miedo y produce dentera constituyen, por lo común, su único tesoro. El arte de mantener todo esto en continuo zarandeo, hasta producir en el oyente un estado de hipnalismo cuando no de catalepsia, es de su invención, mérito incuestionable, por cierto, á falta de otro mayor.



Habrà quien diga que tales navíos abarrotados de carga místico-decadente sólo encajan su esperón en aguas cenagosas y no en nuestro esmaragdino Océano; habrá quien se encabrite y sostenga á machamartillo que cultivadores tan obcecados é inexpertos no laboran nuestros campos, que son campos donde se requiere cerebración intensa y músculo acerado; sembradíos donde la mies alza, cara al sol, su talle esbelto y brinda al viandante los frutos de su espiga dorada y maciza; campos de prueba donde sólo hace labor fecunda el espíritu abroquelado, donde no abre surco el hierro mellado ó mohoso, donde hay que entrar y mantenerse hidalgo. Y sin embargo—el decirlo apenas—sobre el verde césped y entre la aromosa flora de nuestros campos aparecen de espacio en espacio la

cizaña y el cardo y la brizna parasítica. Desconocer esto ó ocultarlo es ensanchar el caos, dar alas al crítico de pacotilla, engrandecer al orador tabernario, fomentar el brinco epiléptico, erigir en dogma las piruetas del vulgar hazmerreir y propagar la mácula del sectarismo. Vinimos á la lucha para triunfar con el mérito y no con el vicio; por algo nos hemos adornado con el título de hombres nuevos y por algo, bajo la obligación que él impone, nos trabamos en lucha con el bandidaje social.

Tal vez alguien, desgarrado por esta parla y metido en calzas prietas por el saetazo, ulule su rabia contra el autor de la fechoría y le cuelgue el sambenito de moralista. Pero el autor anticipa la declaración de que no habrá de inmutarse; antes sentirá la satisfacción del que pone el dedo en la llaga, si tal suerte le cupiere. Está acorazado como para que no le duelan prendas, gracias al convencimiento que tiene de que el que por ellas sienta dolor, jamás podrá tener libres la razón y el sentimiento. Considera de común interés descalificar á los necios parlanchines, roedores del mérito y audaces salteadores del Ideal.

Estamos en camino de producir una generación de zaragateros ensoberbecidos si por el sólo hecho de una afinidad espiritual muchas veces dudosa, no se trata de contener la barbarización. Guárdese cada uno su buena voluntad para hacer de ella uso oportuno y razonado. El sectarismo despótico y visionario ya tiene, por desgracia, bastantes prosélitos que á cada instante pretenden tiranizar las inteligencias más libres y refulgentes, legislar la voluntad y fiscalizar la intención. Y si á tiempo no aplicamos el cauterio, temiendo estoy que llegue el momento en que debamos considerar como miel las garmabainas y tiranías burguesas.

De Futuro, de Montevideo.

Trabajo

La humanidad está supeditada á un deber natural, á una labor constante, de la cual no puede librarse ni emanciparse jamás: Este deber es el trabajo.

El trabajo tiene su asiento en las leyes de la dinámica universal: es, pues, movimiento, renovación, transformación y vida; tanto en las regiones siderales como en el mundo físico, que nos dan á conocer la gravedad por medio de la atracción, es imposible reconocer la quietud, porque esto equivaldría á admitir la posibilidad de la inercia, que es negación ó muerte, afirmación de la nada.

El Universo, invariablemente, marcha en continuidad perpetua, ejecutando idéntica labor que el más rudimentario gusanillo; asimila y desasimila, crea y destruye; está sujeto á leyes inmutables que dominan también en el campo de la Sociología; ¿que misión desarrolla ésta en el terreno en que se desenvuelve?..

La materia en su eterno moviento se transforma de dos modos: exterior é interiormente; y como del mundo social hablo, menester será aclarar esa tesis.

La transformación exterior ofrece á la vista lo que la interior oculta. Se manifiesta una agitación popular, una conmoción parcial de la familia humana, y si se profundiza investigando su origen, veremos que ha sido producido por el agente interior de que hablo.

Un pueblo opera un cambio de costumbres, y este cambio, para efectuarse precisa la constante agitación de varias generaciones. Comienza manifestándose en idea gestadora, que se adapta con más ó menos fuerza según el terreno que la abone, agigantándose, si suple defectos por demás notados experimentalmente. Suele ocurrir que este caminar signifique el paso de una aberración á otra, por lo que se ha dicho por algunos,

que la humanidad tuvo épocas en que retrogradó. Nada más incierto.

El hombre en la sucesión de los tiempos ha procurado simplificar el error aun dentro del error mismo; edúcase en lo simple para llegar á lo compuesto. De aquí parto para sentar mi tesis de que hay dos fuerzas distintas, aunque gemelas ó hermanadas entre sí que hacen el efecto de dos polos eléctricos, que repelen y atraen, laborando incesantemente en este hormiguero humano para hacer la evolución que es su progreso.

La primera manifestación de vida improductiva es la embrionaria, fuerza interior que determinaremos con el nombre de *Biología social*; la otra forma, que es la más activa y que se muestra exteriormente, tiende á mostrar lo que puede llamarse la *morfología social*.

La *Biología social* manifiéstase al sentir el sér el acicate de la necesidad no satisfecha, lo cual mueve la idealidad hacia lo inexplicable. Desde los más remotos tiempos, vemos en el sér humano vestigios de esas preocupaciones, las cuales en el terreno de la experimentación no pasaban de quimeras adoptadas por la incapacidad de aquella sociedad nula, más cerca de la animalidad que de nosotros; la Ciencia no podía tomar cuerpo en tan rudimentaria organización y por ese motivo, las formas que afectó el mundo antiguo, aunque muy varias, no llegaron á ser apetecibles siquiera, porque los hombres de entonces buscaban errantes una estabilidad que no comprendían.

Para que la *Biología social* procrease, encarnando una forma civilizadora, necesitábase que la filosofía materialista triunfase de la metafísica, y así ha sucedido actualmente, desmoronándose, con el imperio de la razón, el mundo de la

superchería. Y como resultante de tanto trabajo especulativo, vino el análisis químico, profundo, detallado; y depurado el ordenamiento actual, aparece una creación, mejor dicho, la incógnita de un problema que se tenía por insoluble.

Esa incógnita era el Socialismo contemporáneo, que en el transcurso de un siglo se metamorfoseó, efectuando la obligada selección, llegando á la concepción grandiosa del ideal más sublime: *la Anarquía*.

He ahí, pues, el principio de desarrollo de una idea que vive, late y germina con excitante rapidez. Es por ahora lo que llamo una fuerza interior.

¿Cuándo lo será exterior?

Cuando entre en el terreno de la experimentación.

Mientras, su morfología es endeble, tosca, accidentada, aunque ya imperecedera.

Y como á la Sociología la abona el agente más necesario de la vida de que al principio hablé, que es el trabajo, no persigue más en su afán constante de regenerar y redimir, que simplificar las relaciones sociales conjuntándolas en un lema y en una moral. «Todos para uno, uno para todos». «No más deberes sin derechos; no más derechos sin deberes».

Moncure D. Conway

El prestigio de la guerra ⁽¹⁾

En el segundo de los dos relatos que de la creación hace el libro del Génesis, el verbo crear es simple cuando se trata de la formación de las bestias y doble cuando de la formación del hombre. Sabios talmudistas han interpretado esta escritura como reveladora de nuestra doble naturaleza. En efecto, el hombre, dicen estos teólogos, es doble; lleva á la vez en sí mismo el infierno y el cielo. En la bestia no hay más que la animalidad, ninguna razón para contenerla. En el sér humano la animalidad existe, pero está contrabalanceada por la razón.

¿Es exacto esto? ¿La razón, gobierna las pasiones humanas? Heriberto Spencer me escribió lo siguiente:

«Cuando era joven creía que los hombres son seres razonables, que cuando una cosa ha sido demostrada una vez su convicción queda formada. Todo prueba que es lo contrario lo que es verdad. El hombre es un agregado de pasiones y cada una se satisface esclavizando á la razón; en todos los tiempos y en todos los lugares el resultado final depende de las pasiones dominantes. Nuestra época es testimonio de una extraordinaria reviviscencia de las pasiones brutales. Más aun que los hombres de la generación precedente, los de la nuestra se enorgu-

llecen, no de sus facultades ó sentimientos que les distinguen de los demás animales, sino de lo que tienen de común con los seres inferiores; su mayor gloria consiste en acercarse lo más posible al modo de ser del bull-dog.»

Ya que Spencer ha mencionado el bull-dog hagamos observar que el hombre ha encontrado el medio de desarrollar en los perros que cría para el combate, un género de ferocidad desconocido á la naturaleza. El bull-dog convenientemente amaestrado, el bull-dog de precio, premiado con diploma, cuando á la orden de su dueño hace presa, ya no la suelta. Se le puede golpear, cortar sus miembros, romperle las patas, pero morirá con la presa entre dientes. Tal es el uso que el hombre hace de su razón. Es necesario su razón, toda su habilidad, para inculcar á un animal esta ferocidad llevada hasta el martirio. Esta ferocidad tampoco es natural en la animalidad humana, pero también le ha sido inculcada. Cuando un pueblo ha alcanzado sus convenientes grados de patrioterismo y ha clavado su zarpa en el cuello de otro pueblo, tampoco lo suelta. Su juventud quedará diezmada, sus habitantes se verán brutalizados, su país aplastado por los impuestos, su moralidad se oscurecerá, se velarán á sus ojos los principios más sagrados; pero una vez la bandera empuñada en la contienda, una vez los

(1) Moncure D. Conway es un filósofo, historiador y orador americano muy apreciado en su país, al decir de la *Revue* que publicó este estudio.

dientes clavados, nada le decidirá á abandonar su empeño.



Bien diferente es el espíritu que gobierna nuestra diaria vida colectiva, que penetra en nuestras casas, en nuestras familias; en nuestras asociaciones privadas ó públicas; es un espíritu de soporte, de concesiones recíprocas, de justicia, al mismo tiempo que de tolerancia (1). Tan sólo la guerra nos arranca esta frase de Shakespeare: «¡Oh juicio! ¡tú has huído á refugiarte entre los brutos!» En una nación civilizada la criatura más pobre, una vez arrestada, tiene derecho á ser juzgada. El acusado estará careado con el acusador, se escuchará á los testimonios de ambas partes é interviendrá un fallo regular. No así con la guerra. Aquí la nación que acusa es juez de su propia causa; es el jurado y el verdugo. Nunca la guerra fué precedida de una instrucción judicial. He ahí una nación organizada, civilizada, animada de sentimientos elevados, humanos, equitables... y en un momento todas estas nobles disposiciones se desvanecen; los hombres que la componen se entregan á la matanza, al degüello de otros hombres no menos buenos, no menos inocentes que ellos mismos... ¿Qué es lo que ha podido producir este cambio tan espantoso? El prestigio de la guerra.



Yo he visto una batalla. Fué entre franceses y alemanes, en 1870, en Gravelotte, un poblado bellissimo, situado en una colina florida. La presencié á una distancia de dos millas, á través de ver-

(1) Evidentemente es «el burgués» quien habla en este párrafo.—N. DE R.

des prados. Por encima del caserío francés se elevaban centenares de pequeños globos blancos que iban á perderse en la azulada bóveda, mientras en los prados parecía que las gentes, endomingadas, se entregaban á la danza y á los juegos. Este delicioso espectáculo desvaneciolo mis gemelos de campo. Todos aquellos lindos globos blancos formábanlos el humo de los obuses que destrozaban pacíficas viviendas, ayer felices aun. La danza era la danza de los muertos, millares de hombres sacudidos por las convulsiones de la agonía.

Al día siguiente recorrí aquellos campos. Á duras penas podía abrirme paso entre las apretadas masas de los cadáveres. Caidas de las mochilas, las cartas estaban desparramadas por los suelos á centenares. Recogí y leí algunas. Eran cartas llenas de ternezas; cartas de madres, de esposas que hablaban de los pequeñuelos, todas expresando el deseo de que la guerra acabara pronto y que el sér amado regresara pronto al hogar. La mezcla de la víspera, á dos millas de distancia, había parecido una fiesta; desaparecida la ilusión de la distancia, aquello se había trocado en un infierno. He aquí el prestigio de la guerra.

Cuando la matanza no está al alcance de nuestra mirada, cuando se produce á centenares de leguas, cuando la conocemos por la descripción de un corresponsal militar, la claridad del día no basta para disipar este prestigio. Leemos el relato pintoresco de una espléndida carga de caballería, de un brillante asalto. No oímos los gritos de angustia, no vemos los cuerpos destrozados, nada nos recuerda á las viudas y á los huérfanos.

(Continuará.)

Erratas:

Pág. 75. — 1.^a columna, línea 8, donde dice: *es un futil*, ha de decir, y un *futil*.
 » 76. — 1.^a » » 2 y 31 » » *innato* » » *nato*
 » 78. — 1.^a » » 7 » » *pensador francés*, se ha de añadir; *Th. Ribot*.

Recibido: *Victimas y preocupaciones*, por Pascual Peura, folleto 15 cénts., Llovera, 46, Reus.—*Higiene del Matrimonio* (consejos prácticos para la conservación de la salud), por el Dr. Rosch. Pedidos H. Calabaza, General Rondeau, 295, Montevideo. Precio: \$ 0'10, más los gastos de correo para fuera.—*Judeus, Christaos e mahometanos perante a Sciencia*, por Felizardo Lima, Librería Académica, Oporto.

¡Salud y fuerza! revista mensual órgano de la Sección española de la Liga de la Regeneración humana, reparto gratis, Comercio 98, Barcelona; *Unión Ferroviaria*, de Almería; *El Faro del Progreso*, de Mazarrón; *Museo Exposición*, de Alicante; *Lo Camp de Tarragona*; *El Sediento*, antimilitarista.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Cortes, 645 (chafalán Bruch).—BARCELONA